

# 1

Me había citado con una gota de lluvia.

El tiempo se estaba poniendo feo. Poco después de fijar la hora y el lugar del encuentro, el *tauuz* se había levantado en el horizonte y había invadido la ciudad de Manama y todo el archipiélago.

El *tauuz* sólo aparece en invierno. Es un viento duro, traicionero y malo, que desgasta, raspa y lacera. Nace en los desiertos de Jordania, y atraviesa las vastas mesetas áridas del Neyd saudí, donde se hincha de cólera y arena antes de asaltar las riberas del golfo Pérsico y provocar el cierre de aeropuertos, el hundimiento de embarcaciones, y colarse hasta el corazón de las casas para desesperación de las empleadas asiáticas, que se ven obligadas a trabajar largas jornadas quitando el polvo, unas veces negro, otras veces gris, y fino, tan fino como el hollín, que el *tauuz* deposita en todas partes, incluso en los cajones mejor cerrados.

El *tauuz* soplabla desde la noche anterior, esparciendo sus maleficios por el archipiélago de los Dos Mares, oscureciendo un cielo habitualmente de color de papel cebolla, doblando con furia los últimos palmerales y haciendo entornar los ojos desesperadamente vacíos a la camella blanca del emir. Bajo los embates del viento, las trompadas y los zarpazos que daba cuando se armaba de arena, el mar, apático y mudo, se había rebelado y pequeñas olas de cólera amarilla rompían en el arenal desierto por el que yo deambulaba.

Allí había quedado con mi gota de lluvia.

La imaginaba minúscula y trémula, transportada por las ráfagas frías, sacudida, zarandeada a izquierda, precipitada a derecha, empujada con violencia, lanzada y luego retenida al capricho del viento, dispuesto a solazarse, maltratándola a lo largo de esta costa insulsa y plana donde débiles mareas vomitaban cuanto recogían.

Al teléfono, su voz me había gustado. Por eso la había apodado gota de lluvia, una hermosa expresión que recordaba de la joven poeta afgana Nadia Anjuman para designar a las mujeres constreñidas a la sumisión, al velo, a la uniformidad y al anonimato.

«Es el verde paso de las gotas de lluvia que viene por el camino aquí y ahora. Ni una sonrisa en las comisuras de los labios. Ni una lágrima que asome del lecho seco de sus ojos. ¡Dios! No sé si su grito poderoso consigue alcanzar las nubes. O el cielo siquiera. Es el verde paso de las gotas de lluvia», escribió poco antes de morir a golpes en manos de su esposo, a quien no le gustaba la libertad de su pluma.

Habitualmente, los occidentales residentes en el Golfo empleaban una expresión bastante más grosera, casi despectiva: saco de carbón. Si bien es cierto que esta fórmula era más expresiva. Sobre todo al verla avanzar viniendo a mi encuentro; el viento se introducía bajo la tela de su *abaya* negra. Estábamos en enero. Hacía un frío casi glacial. Por tanto, no había que temer ningún olor terrible. Con el verano, los sacos de carbón desprendían un intenso olor a cerrado, lo que es normal, dada la falta de ventilación. El sudor fermentado, la gruesa tela que lo retiene y que se impregna de él, y los decilitros de colonia barata que inundan el conjunto por lo general crean una mezcla sutil que se huele a distancia.

De todas maneras, tratándose de olores, yo ya iba pertrechado. Había empezado el día con un *whisky*, así que nada había que temer en cuanto a falta de buen gusto, puesto que yo mismoapestaba a aguardiente.

En aquella especie de dique que bordeaba el mar no había un alma viviente. No era la hora —los muecines acababan de convocar a la oración de mediodía— ni la época del año propicia. Por la noche, en cambio, no bien el calor empezaba a notarse, siempre había aparcados frente al mar coches distanciados a unos centenares de metros unos de otros. En el interior, parejas rigurosamente separadas por la palanca de cambios. O colegas que acudían a matar el tiempo escuchando la radio y bebiendo a hurtadillas.

Sin embargo, aquel día no había ni un triste gato. Las trombas de polvo obligaban a la gente a volver a casa en cuanto salían del trabajo. Nadie deseaba hacer el esfuerzo de llegar hasta allí. Desde un banco de arena formado por la marea, las gaviotas lanzaban quejidos agudos. El *tauz* seguía soplando con la misma intensidad, ahogando el rumor de la autopista adyacente a la costa.

Una gota de lluvia y un policía. O un saco de carbón y un poli. ¡Qué más dan las palabras! Formaríamos un curioso dúo en aquella cornisa desierta. Ella envuelta en sus velos, que el viento inflaba como el foque de un *butre*\*. Yo en traje, con la corbata batallando al capricho de las ráfagas. Todo un éxito para un encuentro discreto. Me preguntaba por qué la habría citado allí.

Al otro lado de la autopista había un ejército de edificios, sobre todo bancos de inversión erigidos pared por medio para arramblar el dinero del petróleo, y palacios de cinco estrellas mínimo.

La gota de lluvia se retrasaba un poco. Había quedado con ella a mediodía para que no hubiera equívoco posible. Aunque las costumbres se hubieran relajado a lo largo de los últimos años en el emirato de los Dos Mares, ver a un hombre y una mujer juntos, siendo además un cristiano y una musulmana, podía dar que hablar.

Yo había llegado a las doce en punto, según lo convenido, y ya hacía diez minutos que caminaba arriba y abajo por la orilla del mar. Las gaviotas seguían graznando. Coches largos como pequeños petroleros pasaban volando por la autopista costera. Las olas golpeaban al acercarse a la orilla. De color verde oscuro, maquilladas de cierta irritación amarilla, me hacían pensar en el mar del Norte, me traían recuerdos de Ostende, de una canción de Léo Ferré...

Unas pancartas clavadas cada doscientos metros en el suelo pedregoso prohibían bañarse. Como si alguien pensara hacerlo. La playa era un vertedero de latas de Pepsi-Cola despachurradas por la marea. Tampoco faltaban los envases de Heineken, ni las botellas de plástico de agua mineral. Había también un buen batiburillo de Fos-

\* Embarcación a vela característica de la región. (N. de la T.)

ter's, la cerveza australiana, Coca-Cola, Club Soda y otras marcas menos conocidas. Bidones y planchas de chapa oxidada completaban el cuadro. A unos cientos de metros, una chalupa naufragada, estaba tumbada sobre un costado.

A lo lejos distinguí a la gota de lluvia, que se apresuraba. Lo cierto era que parecía... un saco de carbón.

La *abaya*, el velo largo y grueso, negro y opaco, que parece una funda abierta por delante, cubre a las mujeres del Golfo de la cabeza a los pies. Los extranjeros la confunden a menudo con el chador iraní.

Como buenamente pude, me aplasté contra el cráneo unos mechones a los que les había dado el baile de San Vito, coloqué en su sitio la corbata, que trataba de escapar sirviéndose de mi barriga como pista de despegue, y continué caminando con la vista baja para evitar que el viento me azotara en los ojos.

Cuando volví a levantar la cabeza, ella estaba a algo más de veinte metros. El *tauuz* le hinchaba el velo, dándole un aspecto deforme. Naturalmente, ella batallaba con apuro para mantener la *abaya* en su sitio. Para conseguirlo le habrían hecho falta algunos brazos de más, como las diosas hindúes. Estas hermosas damas tenían seis, ocho o doce brazos, lo cual les habría permitido vestirse con capas de sobra, pero preferían bailar casi a pelo. En cambio, las mujeres del Golfo, cuando menos aquellas que debían envolverse en velos que se levantaban con facilidad en cuanto el viento soplabá, sólo tenían dos brazos a pesar de que para sujetar la *abaya* y cargar con los pesados capachos y los críos les habrían hecho falta al menos una decena. El mundo estaba lleno de injusticias.

Ya estábamos frente a frente. Ella seguía tratando de poner en orden su vestimenta, y yo seguía pensando que las facciones que permitía ver la *abaya* no estaban nada mal.

La chica tenía encanto. Ojos grandes, nariz fina y aquilina, labios algo llenos que concedían un toque de sensualidad a un rostro angelical y una tez a medio camino entre melocotón y coco. La chica medía alrededor de un metro sesenta y cinco y tenía unos veinte

años de edad. El velo negro no revelaba ninguna parte de su cuerpo, pero no había por qué imaginar lo peor. Bajo la funda negra llevaba unos vaqueros. En los pies, sandalias y gruesos calcetines grises. De ella sólo sabía que se llamaba Eschrat.

Mi mirada le desagradó. Volvió a echarse sobre la nariz una parte de la *abaya*, me dio la espalda y se puso a andar de nuevo. La seguí, la alcancé y la adelanté por la derecha manteniendo una distancia de dos metros. El viento me devolvió mis palabras:

—¡Es una costumbre! Siempre miro así a la gente con quien voy a tratar. Si no le gusta, contrate a un poli de aquí.

Tardó unos segundos en responderme. Su voz algo ronca contrastaba con su inglés refinado. Tenía un ligerísimo acento. Se había librado de las universidades americanas, pero no de un excelente colegio privado inglés.

—Los policías de mi país son bastante educados. No nos desnudan con los ojos. Los suyos parecen rayos X. Y nuestros policías no se citan con chicas jóvenes en una playa desierta.

—Pues conoce usted muy mal a sus polis. Y además, yo esperaba que viniera acompañada de una tata, una dama de compañía o, en última instancia, de una amiga. ¿Por qué ha venido sola? Seguro que conoce el *hadiz* del Profeta que dice que, cuando un hombre se encuentra a solas con una mujer, no son dos personas, sino tres...

—... porque el Diablo está presente también. No esperaba que un policía como usted se interesara por el islam.

—Tampoco es que me interese mucho. De las religiones, retengo sobre todo aquello que me parece gracioso. De hecho, el Profeta se equivoca: cuando un hombre y una mujer están solos, no son ni dos, ni tres, sino cuatro. Porque además del Diablo, siempre hay un vecino que mira.

—Tiene mucha razón —dijo conteniendo la sonrisa que esbozó a pesar de mi horrible blasfemia—. Quizá por eso mismo hay un proverbio árabe que aconseja «elige a tus vecinos...

—... antes de elegir tu casa».

Parecía algo menos crispada. Seguimos caminando y departiendo por el borde del terraplén que dominaba ligeramente el mar verde y cetrino. Una ráfaga nos lanzó a la cara olores de alquitrán y alcantarilla. Tuve ganas de tomarme otro whisky.

—¿Le parece que ahora hablemos en serio? ¿Cómo se llama y qué edad tiene su hermana? ¿Y a qué se dedica?

Como si saliera de una ensoñación, vaciló unos segundos y luego respondió mirándome, por primera vez, directamente a los ojos. A los suyos asomaban las lágrimas.

—Se llama Yasmina. Tiene dieciséis años. Asiste a clases en el British Council. Todavía no sabe a qué se dedicará después. O más bien lo sabe, pero a una chica de aquí no le está permitido...

—¿Cuándo la vio por última vez?

—El jueves por la tarde. Fue de compras al centro. No tenía clase. Nuestro chófer la dejó cerca de la entrada principal del zoco.

—¿Y sus padres? ¿Qué piensan de su ausencia?

—Poca cosa. Mi madre llora y mi padre grita. Pero no hacen nada para encontrarla. La situación les desborda por completo. Como mi padre teme un escándalo, ni siquiera quiere hablar con la policía. Si supiera que he recurrido a usted, me pegaría y me encerraría en casa una temporada.

—Aunque, a sus espaldas, habrá usted llamado a las comisarías, a los hospitales...

—He telefoneado a toda la isla.

—¿Tiene un amigo su hermana?

Ignoró la pregunta. La repetí y tampoco se dignó responder, poniendo cara de no haberme entendido. Aquello no me gustó, pero si quería llegar al meollo, tendría que hacer de polí malo y provocarla. Me puse el disfraz de policía libidinoso y salaz aficionado a la carne fresca, lo cual podría hacer que reaccionara y me lo contara todo. Repetí la pregunta.

—¿Un amigo, un ligue, un novio, un amante o un tipo que se la tire de vez en cuando?

Se detuvo y volvió la cabeza con brusquedad sin preocuparse de

que la *abaya* se le deslizara por el cuello. Sus grandes ojos despedían veneno y frunció el ceño encolerizada.

—Mi hermana es una musulmana sincera. Guarde sus insultos para las occidentales, señor Grenadier. Sus palabras son ofensivas. Con ellas, no sólo nos ultraja a mí y a mi hermana, sino a toda nuestra familia, que...

—Calle. Hará reír a las gaviotas. Mejor escúcheme un par de minutos: su hermana lleva desaparecida cuatro días, lo cual es bastante inquietante en un archipiélago pequeño como un puño, donde a las chicas no les pasa por la cabeza fugarse. Usted ha recurrido a un polí extranjero para encontrarla, porque no confía en sus propios policías y no puedo decir que se equivoque. Usted sabe que un tipo como yo, aun siendo tan canalla como cree que soy, sabrá tener la boca cerrada. Sabe que no habrá riesgo de que el asunto se divulgue. Ni riesgo de escándalo, si es que hubiera motivo para ello. Así, una vez encontrada la huida y reparada la virginidad si es necesario, se le podrá buscar un marido. Ése es el anverso de la moneda. El reverso es que quiero saberlo todo. Es la condición que pongo antes de ocuparme de su hermanita. Y cuando digo todo, me refiero a todo, incluidas la marca y el color de sus braguitas...

Casi gritó.

—Es usted un abyecto. Ese tipo de... detalles no le ayudarán a encontrarla.

—¿Y usted qué sabe? La gente no va al British Council sólo para aprender la lengua de Shakespeare. Vaya a ver al jardinero paquistaní de mi parte: él le dirá qué encuentra en el césped de la parte trasera de los edificios y las cosas que pasan cuando se hace de noche. ¿Quiere que le diga cuántos condones recoge al año?

Sin responder, reanudó el paso.

A lo lejos se divisaba el puente que une Manama, la capital del emirato de los Dos Mares, a la isla de Muharraq, donde se encuentra el aeropuerto internacional. Cuando el viento amainaba, alargando el cuello se distinguían en la lejanía las cúpulas de las mezquitas y los grandes depósitos. Tumbados sobre el arenal, los *dhows*,

las embarcaciones de cascos abultados, parecían ballenas encalladas. Las cúpulas de las mezquitas y esos cascos eran las únicas formas redondas del archipiélago, plano como un molde para tartas.

A causa de la tormenta había pocos barcos en el mar. Una sola embarcación costeaba la orilla con lentitud. La gota de lluvia esperó a que se alejara el ruido rauco de un motor antes de responderme.

—Usted es como todos los occidentales. Hasta que no hundan a las mujeres en el barro, no están contentos. Bajo el pretexto de la libertad sexual, les gusta el vicio, la depravación y todo lo que las embrutece. Cuánto me alegro de no ser una mujer de su país.

—¿Vicio? ¿Depravación? ¿Está segura de que sabe qué significan esas palabras?

—Puede que no, pero... pero sé que usted no es la persona que finge ser. Sólo pretende escandalizarme. ¿Lo hace porque formo parte de una comunidad menospreciada?

La muchacha había dado en el clavo. Si yo había ido tan lejos en la provocación era sin duda porque pertenecía a la comunidad maldita, a la de los chiitas, que rechazaban toda legitimidad del príncipe al que yo servía, lo que provocaba que el emirato de los Dos Mares, pequeño archipiélago de seiscientos veinte mil almas, viviera bajo la amenaza permanente de una guerra civil.

Eschrat era chiita, al igual que toda su familia. Como policía al servicio del futuro emir, el príncipe heredero Mahmud, me permitían libertad de acción absoluta sobre todo el territorio del archipiélago y, por tanto, tenía perfecto derecho a interrogar a quien me pareciera con el pretexto de que concernía a asuntos del príncipe. Me bastaba con mostrar la credencial y gritar «Seguridad del Estado» para que se me permitiera casi todo.

Desde hacía veinte años, el emirato vivía permanentemente en la cuerda floja debido a la hostilidad que se profesaban las dos comunidades musulmanas, la chiita y la sunita. En este asunto, la política se mezclaba con la religión. El «estamento chiita» representaba aproximadamente el setenta por ciento de la población, pero el «es-



tamento sunita» concentraba el poder y las riquezas. El emir, sus chambelanes, sus oficiales, sus soldados, sus policías, sus cocineros —al menos los que no provenían de Europa—, sus esbirros, sus ministros, y algún que otro actor secundario, eran sunitas. La plebe, en cambio, era chiita. Además, el poder desconfiaba de ella y le impedía alistarse en el ejército e ingresar en la policía. La administración gubernamental solía preferir la mano de obra india o paquistaní, que era menos exigente con el salario y las condiciones de trabajo y, por supuesto, menos revoltosa. Pues, en el emirato de los Dos Mares, había una tercera comunidad, constituida por una gran minoría de emigrados, en su mayoría asiáticos, que sólo tenían derecho a extenuarse y callar.

Todo esto creaba tensiones, y a veces se producían disturbios terriblemente violentos durante los cuales las tropas disparaban sin el menor escrúpulo. Los chiitas replicaban con intentos de asesinato que apuntaban al emir y los suyos.

Eschrat y su familia formaban parte de la burguesía chiita que había jurado fidelidad al régimen sunita para sobrevivir económicamente. Sin embargo, y seguramente con razón, el poder dudaba de la fidelidad de estos partidarios por interés. Si el viento cambiaba, les faltaría tiempo para volver a las filas de la oposición.

Yo estaba del lado de los tiranos. Lo estaba abiertamente, a la vista de todos. No como los distinguidos diplomáticos occidentales, que se las daban de virtuosos de cara a la opinión pública y entre bambalinas lo toleraban todo a las pequeñas petromonarquías del golfo Pérsico. Como la explotación de los recursos petrolíferos era vital, Washington, Londres y París preferían lamerle el culo a los déspotas locales a darles una patada en él. Las lecciones de moral que las democracias repartían al resto del mundo se ahogaban en el primer barril de crudo. Y luego, si un día los otros, los enemigos de Occidente, ganaran, ¿qué iba a cambiar? Los opositores al régimen no soñaban con instaurar una democracia, sino una república islámica pura y dura gobernada por ayatolás barbudos y fanáticos estrechos de miras para reemplazar a los emires gordos y per-

fumados. Por todas estas razones, las buenas y las malas, yo no estaba de humor.

Con todo, Eschrat había preferido recurrir a un poli extranjero al servicio del opresor. Tenía razón. Los policías del emirato no valían gran cosa.

—¿Va usted a buscar de verdad a mi hermana? —me preguntó, algo más tranquila.

Esta vez hice un esfuerzo para no mirarla de arriba abajo.

—Evidentemente. Incluso pienso encontrarla bastante pronto.

—¿Me promete que la buscará como si fuera una occidental?

—Se lo prometo.

—¿Qué quiere saber de ella?

—Todo. Para empezar, si está metida en política.

—No. Sólo le interesan los estudios. Quiere hablar inglés lo mejor posible, aprobar el *Proficiency* y estudiar, como yo, en el extranjero. También le interesa mucho el cine y el teatro. Le gustaría ser actriz. Para empezar, le gustaría participar en un grupo de teatro de aficionados, pero mi padre se lo ha prohibido.

Seguimos hablando un buen rato. A continuación me dio una foto de Yasmina. Era una cría muy guapa, esbelta como su hermana, con los mismos ojos grandes y oscuros, la misma boca carnosa, las mismas mejillas prominentes y el mismo rostro inteligente; sólo la nariz era distinta, respingona en vez de aquilina. Quizá la ausencia del pañuelo, que permitía descubrir una larga cabellera negra por debajo de los hombros, la hacía parecer más maliciosa que su hermana. Y pese a su temprana edad, también parecía sensual.

—¿Tiene alguna idea de algún lugar al que podría haber ido su hermana?

—La verdad es que no.

—¿Tiene teléfono móvil?

—Sí, claro, pero comunica todo el tiempo, como si se hubiera estropeado. Y el contestador tampoco funciona. Esto es lo que más me preocupa, porque mi hermana se pasa la vida pegada al teléfono. Es una auténtica maníaca.

—¿Tiene pasaporte?

—Sí, pero no se lo ha llevado. Sigue guardado en un cajón de una cómoda.

—¿Sabe si se marchó con una maleta o un bolso grande?

—No creo. Sólo el bolso que lleva normalmente cuando sale.

—Me ha dicho que salió para ir de compras al zoco. ¿Cómo iba vestida?

—No la vi salir.

—Pero al día siguiente, o al otro, al ver que no volvía, miré en los armarios para ver si faltaban cosas. Por tanto, sabrá cómo iba vestida el día que se fue.

Se detuvo y se alisó otra vez la *abaya* antes de llevarse las manos a la cara. Parecía estar pensando, aunque no conseguía disimular que le molestaba mi pregunta. Se lo volví a preguntar con amabilidad:

—¿Cómo iba vestida su hermana?

Entre la pregunta y la respuesta pasaron largos segundos. Mientras tanto una polvareda cruzó la autopista. Al otro lado se levantaba el hotel Sheraton, cuya *ese* mayúscula, pintada en negro sobre la fachada blanca, hacía pensar en una gran serpiente o en un inmenso signo de dólar.

—Creo que llevaba una minifalda de cuero negra, muy corta, una que papá no le deja llevar fuera de casa. Puede que una camisa blanca también. Y un abrigo largo, y la *abaya* para tapar la minifalda.

—¿Llevaba un estuche de maquillaje?

—Sí. Es curioso, porque a mi hermana no le gusta mucho maquillarse. Es casi lo único que papá le permite hacer.

—¿Se llevó ropa interior de recambio?

—Creo que no.

—¿Y con qué zapatos iba?

—Con esos que se llevan con esas faldas, con tacones muy finos y puntas muy puntiagudas..., la moda de ahora.

—¿Y bajo la falda y la blusa?

Giró la cabeza y miró el mar.

—Vamos, no se haga la pudorosa. ¿Cree que ignoro que las chicas de aquí hablan de chicos entre ellas y se hacen confidencias? Si le hago esta pregunta es porque creo que su hermana podría haberse ido con un chico del que se hubiera enamorado. Además, usted piensa lo mismo que yo, si no, estaría más preocupada todavía por Yasmina.

—No hay ningún chico. Si lo hubiera, yo lo sabría. Y estoy mucho más preocupada de lo que usted piensa. Es como si estuviera muerta desde que se fue. Sólo así se puede explicar que no me haya marchado con sus primeros insultos.

Eschrat me caía bien. De ella emanaba una mezcla de fiereza inocente y sensualidad cándida. Para mí era un cambio, teniendo en cuenta los ambientes que yo frecuentaba. El viento, que intentaba llevarse su *abaya*, me permitió descubrir la finura de sus tobillos y cuánto prometían. Tras un momento de calma, el *tauz* volvió a soplar y a lanzarnos paletadas de arena a los ojos. Reanudamos la marcha encorvados, como dos ciegos sin bastón.

—Hay algo de lo que aún no hemos hablado —le dije.

—¿De qué?

—De cuánto le va a costar que yo encuentre a su hermana. Tengo fama de ser un buen poli, eficaz, perseverante y todo, pero no de ser barato si trabajo por mi cuenta. Y según he entendido, me va a pagar de su bolsillo porque sus padres no están al corriente de la gestión.

—Le daré todo lo que tengo. Me refiero a todo el dinero que tengo.

—¿No me pregunta a cuánto pueden ascender las locuras de su hermanita?

—Tengo ahorros. Espero que baste con eso.

—Y si no basta, ¿sería capaz de darme otra cosa?

No me entendió y se volvió hacia mí para mirarme.

—¿Otra cosa?

—Cosas como las que oculta bajo la *abaya*.

La muchacha palideció, apretó el velo contra su pecho y bajó los ojos un instante. Cuando los levantó de nuevo, volvían a estar llenos de cólera y lágrimas. Pero se rehizo enseguida.

—Señor Grenadier, creo que sigue jugando a ser un tipo despreciable, sigue haciéndose el policía perverso y corrupto. Y más aún cuando la persona de palacio a la que me dirigí tiene absoluta confianza en usted. Creo que rascando la corteza de su apariencia se descubre a un auténtico caballero..., como saben serlo todavía los franceses.

—¡Hum! No esté tan segura.